

*Un fuego distinto* por Belén Gopegui

Con más pudor que quien escribe él pinta un cuadro para contar una historia. En cada cuadro una historia distinta y a la vez, en una exposición, un mundo de historias comunicadas entre sí como las piscinas del nadador de Cheever.

Mira el terreno, tanto lo que ya estaba, tierra, cielo, como lo construido, elige y lo que luego entrega dicen que es, en parte, su mirada dentro de la imagen y el tiempo en que la representó. Como si pudieras mirar con sus ojos y encontrar en el cuadro lo que le estremece y en lo que elige reparar, y hasta una gota de astigmatismo si lo hubiera, y lo que siente. Como si a alguien llegado de otra galaxia preguntara: qué veis no cuando veis sino cuando miráis. Arde, también, en la pintura la tarea, el tiempo que se acoge en la mirada humana cuando se hace lienzo y permanece, cuando el tronco oscuro de un árbol contiene los días que, tramo a tramo, le fueron dando densidad, existencia, memoria propia. Dicen y es cierto, pero además la pintura de Alberto Pina quema la tristeza y hace con ella un fuego distinto.

Los narradores a menudo soñamos con escribir así, relatos sin sucesos, donde no hay "abrió la puerta" ni "subió las escaleras" o "echó a correr" y sí hay en cambio recibir del día una presencia y no haberle dado nombre aún. Te aquietas, se parece al temblor de lo que fuimos y al arder se convierte en impulso, dulce atisbo, valentía. Quieres que se quede, saber por qué ha venido, qué había en el aire o en la figura que mirabas, cuál fue la señal que en medio del bullicio trajo la voz de los ausentes. Si lo llamamos emoción algo nos falta, porque no es fugaz ni responde sólo a un estado de ánimo. Al contrario, fue precisamente una disposición distinta en la materia, esa presencia que aún no reconocemos, la que prendió en tu ánimo.

Cada cuadro de Preludio promete una historia. Y te quedas mirando el reflejo de la noche que guardan las piscinas, la torre de alta tensión sola frente al cielo, en el último partido del día, esas figuras que juegan sobre la tierra ligeras como copos de nieve, te quedas mirando a los centinelas de la ciudad y los límites, flancos desatendidos a no ser por la persistencia, el talento y el cuidado en la pintura de Alberto Pina. Las presencias desencarnadas que allí viven te encuentran para decirte su canción. Por eso lo llamamos historia, porque tiene principio y desenlace, y un nudo hecho con toda esa realidad en la que casi nadie se demora y que sigue existiendo ahora, firme en la soledad, en silencio y de pie.